



El efecto academia

Miguel A. García

Las distintas disciplinas que estudian las músicas forman parte de un medio que conocemos con el nombre de academia. Entre finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980 se produjo la última incorporación significativa a ese medio, la de los estudios de música popular. Si bien en cada país, institución y sujeto la academia adquiere una impronta particular, es innegable que sanciona requisitos comunes que deben ser aceptados para permanecer bajo su égida. La rigurosidad, la exhaustividad, la crítica, la autocrítica, la confrontación de ideas, la comunicación transparente, la honestidad en el manejo de los datos y las relaciones interpersonales, y la generación de un saber útil para la sociedad, son algunos de los requisitos que debe cumplir todo sujeto que quiera formar parte de sus huestes. Más allá de las controversias que despiertan, hay consenso en que estos requisitos auspician rutinas de investigación y educación saludables y sostenibles.

Sin embargo, en las últimas décadas, esas rutinas parecen declinar frente a una demanda que proviene de las instituciones –en las que todos participamos– y que interpela particularmente a la escritura: hay que escribir y publicar más. Bajo esta premisa, la escritura deja de ser el corolario de un ejercicio de decantación de datos, ideas, conceptos y dudas para pasar a ser un producto ligero que, subyugado por el *deadline*, nace con poca o ninguna investigación que la respalde. El resultado de esta demanda en un medio que cada día se vuelve más competitivo para los investigadores jóvenes que pugnan por agregar una línea a sus antecedentes y conseguir un cargo o beca es, paradójicamente, opuesto a los requisitos que sanciona ese mismo medio. Entre sus consecuencias se encuentran:

- a) un tipo de escritura descuidada,
- b) la repetición de una idea –camuflada o no– en distintos artículos o ponencias de un mismo autor,
- c) el uso superficial de las teorías (en tal medida que pone en duda el verdadero nivel de comprensión que tienen de ellas quienes las emplean),
- d) la acumulación de datos con poca o ninguna interpretación,
- e) una actitud apática por cómo, en el pasado, la propia disciplina ha tratado el tema que se aborda y
- f) un desinterés por lo que sucede en las disciplinas afines (aun cuando el tema que se trata



tiene desarrollos en varias de ellas).

Estos últimos dos aspectos incumben a la exhaustividad y a la posibilidad de construir un saber progresivo y sostenible, objetivos ambos a los que no deberíamos renunciar. No es difícil toparse con trabajos en los que ideas de larga data son presentadas como novedosas, u otros que emplean conceptos con varios años de reformulaciones y críticas y, sin embargo, son despojados de la multiplicidad de voces que almacenan. La demanda de escribir y publicar más y más rápido parece que nos impide detenernos a mirar atrás y nos cercena la curiosidad por saber qué sucede en los campos vecinos. Este escenario vertiginoso da lugar a una paradoja más: las instituciones exigen trabajos con mayor impacto pero la factura rápida de los mismos les quita interés y en consecuencia limita su impacto. Aunque algunos de estos textos logran tener una amplia circulación en Internet debido a que sus autores hacen denodados esfuerzos para promocionarlos, tienen escasa presencia en el intercambio de ideas. Habitualmente, los sistemas de evaluación logran poner freno a esta situación. Pero otras veces fallan y alientan este declive, pues los evaluadores que actúan en concursos de becas y cargos prefieren priorizar la cantidad –de artículos publicados– sobre la calidad, y/o a recompensar con mayor puntaje trabajos breves que fueron sometidos a evaluación que obras de largo aliento como son los libros.

A menudo los embates de las ciencias duras contra las ciencias sociales y las humanidades encuentran sustento en esta realidad. Hallar contraargumentos para este tipo de embestidas es una empresa dificultosa cuando no imposible. En todo caso, la mejor política es admitir la situación y tratar de revertir este *efecto contradictorio y perturbador de la academia*. Sin duda, este no es el estado general de nuestras disciplinas, las que en conjunto han dado lugar a un corpus de obras en las que abundan la crítica, el diálogo intra e inter-disciplinal, la descripción rigurosa y exhaustiva, el aparato teórico-conceptual consistente y muchos otros logros. No obstante, se trata de discutir si queremos que la demanda fuerce la oferta al punto de que sean más los congresos en los que participamos que las ideas que tenemos para presentar en ellos.



The Academia Effect

Miguel A. García

The different disciplines which study musics are part of an environment which we know under the name of academia. Between the late 1970s and the early 1980s, the last significant incorporation to that environment took place: that of popular music studies. Even though in each country, institution and individual, the academia acquires a particular mark, it is undeniable that it sanctions common requirements which must be accepted in order to remain under its aegis. Rigorousness, exhaustiveness, criticism, self-criticism, confrontation of ideas, transparent communication, honesty in handling data and interpersonal relationships, and the generation of knowledge useful to society, are some of the requirements which every subject who wants to belong to it has to meet. Beyond the controversies these requirements arouse, there is consensus that they foster healthy and sustainable research and education routines.

However, during the last decades, these routines seem to have been declining before a demand coming from institutions –in which all of us participate– and which is particularly exerted on writing: more and more must be written and published. Under this premise, writing is no longer the corollary of an exercise of data, ideas, concepts and doubts decantation but becomes a light product which, subjugated by the deadline, is born with little or no backing research at all. The result of this demand in an environment which day by day becomes more competitive for young researchers who struggle to add a line to their academic background and obtain a position or scholarship is, paradoxically, opposite to the requirements which that same environment sanctions. Among its consequences we find:

- a) a careless type of writing,
- b) a repetition of ideas –camouflaged of not- in different articles or presentations by the same author,
- c) a superficial use of theories (to a point it questions the real understanding level of them by those who use them),
- d) an accumulation of data with little or no interpretation at all,
- e) an apathetic attitude about how, in the past, the same discipline has treated the subject approached,
- f) a lack of interest in what is happening in related disciplines (even when the subject being dealt with has developments in several of them).



These last two aspects concern exhaustiveness and the possibility of constructing progressive and sustainable knowledge, two objectives which we should never resign. It is not difficult to find papers in which long-standing ideas are presented as new, or others in which concepts with several years of reformulations and criticism are stripped of the multiplicity of voices they store. The demand for more and faster writing and publishing seems to be preventing us from stopping and looking back, and curtails the curiosity for knowing what is happening in neighbouring fields. This vertiginous scenario gives rise to one more paradox: the institutions demand papers with a bigger impact but their fast manufacturing deprives them of interest and, consequently, limits their impact. Although some of these texts may have wide circulation on the Internet because their authors go to great lengths to promote them, they have limited presence in the interchange of ideas. Usually, the review systems manage to stop this situation. But on occasions they fail and encourage this decline, as reviewers acting in scholarship and position contests prefer to prioritize quantity –of published articles– over quality, and/or reward with higher scores those brief papers that have been submitted for review rather than lengthy work such as books.

Often, the attacks of hard sciences against social sciences and the humanities find their foundation on this reality. Finding counterarguments for this type of attacks is a difficult, if not impossible, task. In any case, the best policy is to admit the situation and try to revert this *contradictory and disturbing effect of academia*. Undoubtedly, this is not the general condition of our disciplines, which together have originated a corpus of work in which criticism, intra and inter disciplinary dialogue, rigorous and exhaustive description, a consistent theoretical-conceptual system and many other achievements abound. However, we should discuss if we want demand to force supply to a point in which the congresses in which we participate are more numerous than the ideas that we have to present in them.